



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9460

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

LUNES 15 DE MAYO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

EL ESTABLECIMIENTO de ferretería y batería de cocina, que los Sres. Hernandez Herminilla Hermanos tenían establecido en la calle de Cuatro Santos número 15, se ha trasladado á la del Aire, número 2, esquina á la de San Miguel.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Agricultores para la vid. Taponadores.—Ingenieros.—Bombas.—Fornos.—Muebles para jardín.—Jardines.—Guano inerte.—Herbarios para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cables.—Desincrustantes.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barreras.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hacedo, teja plana, balaustrés, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Muebles.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc. PASAJE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

EL SOCIALISMO.

(NOTAS Y APRECIACIONES.)
XI Y ULTIMO.

No busco soluciones. Presento la cuestión en su verdadero aspecto. Aunque el optimismo nos ciegue, aunque procuremos engañarnos á nosotros mismos, el presente es funesto y el porvenir se presenta pavoroso.

Como es este el último artículo que pienso escribir por ahora de este asunto, voy á hacer una especie de resumen.

La situación actual es en síntesis la siguiente: Por un lado los grandes capitales, manejados por manos avarientas y friamente egoístas, que monopolizan el trabajo, compran á bajo precio la fuerza humana y por el salario del trabajo físico esclavizan hasta la conciencia individual, al propio tiempo que absorben los capitales pequeños, obligándolos á operaciones imposibles para ellos cortos; por el otro la industria á la menuda que se muere; el comercio en pequeño que agoniza, los propietarios modestos que no sacan de sus fincas para pagar contribuciones ó impuestos de todas clases, desdichado término medio entre la verdadera burguesía y el proletariado, que va cayendo individuo por individuo en la esfera de este último; y por el de más allá la clase obrera (obrero manual ó intelectual) cada día más numerosa, con más competencia para el trabajo, pues á medida que este disminuye aumentan los trabajadores, parte de ellos sin trabajo, la otra

con él, pero ganando jornales que no bastan para una subsistencia suficiente, que repare la pérdida de fuerza; la religión, ese consuelo moral del hombre, con tanta influencia en la vida física, olvidada en la conciencia humana y por los suelos; y allá por un horizonte lejano y negro, la horrible cabeza de la anarquía, del desorden absoluto, del hambre horrible, que crece y crece, esfumándose entre los nubarrones de un futuro tempestuoso. El comercio, que se paraliza, fábricas que se cierran, capitales que dejan de circular, gente que se queda sin trabajo y vive abandonada por quien tiene lo superfluo: He aquí el cuadro.

Detrás de ese cuadro, un comunismo rampante y cerrado de crítico, caído en manos inhábiles, discurrido por cerebros atrofiados é ignorantes y á quien se ha aplicado malamente el nombre de socialismo, que quiere salvar la sociedad, predicando la guerra de clases y la revolución social; los políticos y hombres de Estado enfrascados en la política de banderías, en la lucha de personalidades y vulgarismos principios, ajenos á todos los demás, como si no hubiese ciencia política, ni ciencia social, ni algo más interesante y necesario á una nación que el que nos mande el personaje A ó el personaje B; algo mucho más interesante, como es la administración interior de la nacionalidad y la base sobre que ha de fundar sus relaciones mercantiles con las otras nacionalidades. Todo el talento económico de nuestros ministros de hacienda se reduce á aumentar los impuestos, conceder monopolios absurdos por unos cuantos millones y hacer empréstitos que aumentan nuestra Deuda y con ella el subido interés anual que ha de pagar el Tesoro, precipitando así nuestra ruina: es decir, los recursos más vulgares, los primeros que se ocurren á cualquier quidam cuando se encuentra falta de dinero; salvar la situación apurada del momento para hacerla más insostenible después.

Así, ni por el lado de los que se llaman socialistas, ni por el lado de nuestros políticos y gobernantes se ve solución posible al terrible problema. Ni es cuestión de colores políticos ni de principios gubernamentales. Nos pierde precisamente el tener demasiados principios. Ni conservadores, ni fusionistas, ni centralistas, ni federales quieren confesarse impotentes para mejorar la situación que empeora de día en día. Unos á los otros se echan la culpa, por puro anhelo de mandar, para hacerlo cada cual peor. Muchos proyectos de economía, muchas reformas, muchos planes, muchas discusiones; y la Hacienda para abajo, y el país empobreciéndose, y ellos, los grandes talentos, las eminencias nacionales, tan frescos y aferrados á su sistema, como si diese este excelentes resultados.

El mal viene de muy lejos y radica antes que en nada en las condiciones perversas del hombre, más perversas así que la desmoralización universal crece y la herencia trasmite más corrupción y menos

sentido moral al individuo. Para remover todo ese decaimiento de muchos años se necesita una fuerza muy superior y más inteligente que la que el socialismo en acción pone al servicio del problema social.

Hay aun algo más. Hay que, así como los estadistas, políticos y hombres de gobierno, no se preocupan del problema social, los diferentes bandos socialistas no piensan sino en mejorar la situación de la clase obrera frente por frente del capital; pero maldito si se les ocurre pensar en que, antes de aliviar la situación de la clase obrera, hay que hacer otra cosa, hay que salvar á naciones enteras de la ruina, del descrédito, de la miseria y del hambre. Hoy por hoy es de más interés y exige más pronto remedio el problema económico que el problema social, en España principalmente.

La cuestión obrera viene de muy lejos; hay que estudiarla despacio, puede irse mejorando lentamente. Pero la otra, la cuestión de la hacienda es del momento, hay que salvarla cuanto antes, sino queremos vernos envueltos en una ruina irremediable; y no nos toca salvarla á nosotros, á los que vivimos exclusivamente de nuestro trabajo y no hemos tenido participación alguna en su decadencia, ni contamos con medios para echarla un remiendo eficiente. Medios tienen los que la echaron á perder para sacarla á flote si quieren obrar una vez con integridad y energía, anteponiendo el interés general á los egoísmos particulares, que es lo que nos ha perdido hasta ahora. El modo es muy sencillo; todos le conocen: solo falta entereza y patriotismo para llevarlo á la práctica.

Porque eso de que un periódico militar chillé porque se le quiere tocar el ejército y no se hagan economías por ese lado, como si los militares no fuesen tan españoles como nosotros y no estuviesen tan expuestos al hambre si esto diese un estallido, sería muy militar, tendría mucho espíritu de cuerpo; pero es poco patriótico y nada serio. No parece sino que el ejército ha ya venido de un país lejano y no tenga obligación de compartir nuestras aficciones, como tiene derecho á compartir nuestras prosperidades. Y lo mismo en todos los ministerios.

Pero dejemos aparte este tema, que no es el que motivó mis artículos y digamos las últimas palabras respecto del asunto que me propuso tratar.

Despréndese del conjunto de estos trabajos que el socialismo no es la lucha de clases que predicán los obreros, ni la revolución, ni la repartición de los capitales, ni nada de lo que dicen Guesde, Lafargue, Iglesias y otros; que la clase obrera pide con sobradísima razón muchas cosas y llega al absurdo en otras; que las clases pudientes deben atenderlas en lo primero para evitar conflictos por lo segundo; que el socialismo verdadero consiste exclusivamente en el perfeccionamiento social, es decir, en el de todas las clases, sin excluir á ninguna y es una verdadera ciencia que está en mantillas todavía, mer-

ced á la incuria de las clases ilustradas y á las exageraciones de las sociedades obreras.

Y se desprende además que la desatención absoluta de los hombres de Estado y de las clases burguesas, puede traer consigo, por la exacerbación del mal estar general, una formidable revolución social, pues que unas exageraciones traen otras y unos egoísmos otros egoísmos; que esta revolución social trastornará el mundo y lo empeorará todo, sin mejorar nada; pero no la habrán hecho los obreros á quienes tan en absoluto se desatiende actualmente: la habrán hecho los políticos por su abandono, ó incapacidad; la habrán hecho los ricos por su egoísmo; y de las consecuencias, más perjudiciales para ellos que para nadie, ellos solos serán los responsables ante la justicia divina.

MANUEL BIELSA.

Cartagena. Abril. 1893.

COLABORACION INEDITA.

Recuerdos del Centenario rojo.

MINIATURA.

A veces el escritor no puede definir los sentimientos que guían su pluma. En la composición hay algo de irracional é instructivo. De cierto entre las figuras históricas cuyo recuerdo evoca la memorable fecha del Centenario rojo una de las peor tratadas suele ser la Dubarry favorita de Luis XV, y última favorita real; única mujer de Francia que tembló, lloró y suplicó al pisar la plataforma de la guillotina. Y para mi alma piadosa, esa misma debilidad, ese invencible horror de la muerte, esas desesperadas súplicas al verdugo, esa flaqueza más que femenil, infantil, son base de un interés que no aspiró á justificar... ¿acaso se razona la lástima?

Sentimiento oscuro, reside en las entrañas de nuestro ser y resiste como otros muchos al análisis.

Algunas veces se me figura que, como á Friné el Arcopago griego, perdonó á Juana Vambornier por su incomparable hermosura. Ni María Antonieta que era más airosa y gallarda que bella; ni la Lamballe—que á lo sumo fué bonita;—ni la enérgica y atractiva Roland, semejante á la Julia de Rousseau; ni ninguna en fin, de las víctimas ilustres de la Revolución, puede compararse (á juzgar por los retratos) á la Dubarry. La Dubarry es verdaderamente ideal.

El grabado que tengo á la vista, y que está tomado del cuadro de Dreuile, la representa como de unos veinticuatro á veinticinco años de edad, vestida con el gracioso traje masculino, el uniforme de *chevalier* que llevaba á la caza: (es de advertir que el grabado no llega más que hasta la cintura) traje compuesto de casaca militar y chaleco entrecubierto, que deja adivinar unas formas delicadísimas, prolongadas, sin asomo de sensualidad; una tabla de pecho candorosa y pura. La casaca tiene su vuelta ó solapa con ojales y botones: el cuello de encaje (que arranca de la camisa de batista) flota descubriendo la garganta y descende en ondulante chorrera á los dos lados de la abertura del chaleco... El peinado, masculino también, se reduce á una serie de *baterías* hechas con el mismo cabello remangado y empolvado, y una coleta que ata sencillito lazo de cinta negra. Ni más ni menos: ni una joya, ni pendientes, ni farolares, ni escotes, ni sedas, ni flores, nada, nada, mas que una belleza divina realizada por la más idílica y suprema

sencilloz, por el más femenino de los trajes de hombre.

Lo que caracteriza en este retrato, la fisonomía de la Dubarry, es la ausencia completa de materialidad; es un espiritualismo voluptuoso, propio de la época, que era en todo exquisita, muelle, afeminada, á lo Watteau.

La cara es inteligente, pero sin la menor dureza; los ojos grandísimos, de admirable forma, melancólicos y dulces; el diseño de la faz, oval y perfecto; virginales la barbilla y el pescuezo, (dos regiones tan deladoras y expresivas en la mujer); las cejas, un milagro de corrección; la frente nítida y lisa, un cielo; la nariz y la boca deliciosamente formadas; nobles por la distancia que las separa, aristocráticas sin altanería, llenas—si así puede decirse—de benignidad columbina, amorosa. Todas las líneas del cuerpo tienen la ondulación y la elegante languidez del cisne.

Sobre todo el *peccato*—aquel que se cogió la media luna de la guillotina—es una torneada columna de mármol.

Su hermosura tenía una nota singular y fascinadora, la Dubarry era á un mismo tiempo rubia y morena.

Las cejas y las pestañas negras daban penetrante y embriagadora profundidad á los ojos azules: el pelo era de un tono ceniciento lleno de cambiantes al sol.

La tez tenía el blanco mate y tierno de las conchas de nácar, y solo una ligera pincelada rosada en las mejillas;—hoja de rosa en taza de leche, solían decir.—Cerca de la boca realizaban esto capullo—Malmaison, dos ó tres lunares de terciopelo (*moscas*) que travesaban hacia la barba.

Una se destacaba sobre la brufida frente.

La expresión era de pueril candor y ensoñadora ternura.

Uno de los primeros enamorados de la Dubarry, aquel Duval para quien ella misma dibujó su retrato, lo reprodujo en caracteres de fuego, al describir el rostro en que todo inspira amor, los lindos cabellos ondeados, los ojos de zafiro, de ancho párpado, la mirada que penetra hasta el alma, la boca burlesca y llena de entendimiento, y en suma, los encantos de aquella sirena en quien se recreaba más aún que los sentidos el corazón.

No es extraño que Luis XV aunque viejo y cansado cuando la conoció sintiese por ella toda la ilusión de la mocedad y derrochase á manos llenas el oro y los diamantes para brufir y realzar el marco de tan divina miniatura.

El poder de la belleza perfectísima de Juana Vambornier tenía que reforzarse con la comparación si Luis XV recordaba la larga esclavitud á que le sujetara una mujer como la Pompadour, cuya imagen, no en miniatura, sino el agua fuerte, nos legó la terrible marquesa de Creouy.

Era—dice—una personilla exigua, con ojos azulados y mortecinos, pelo amarillento—del mismo tono de su tez—por lo cual el luto riguroso, sin colorete, ni blanquette, la precipitaba contra un escollo fatal. Tenía las pestañas ralas, cortas y desiguales; en el sitio de las cejas, dos manchas rojas, y los dientes eran pedruzcos de marfil, engarzados en hebillas de oro, de esos dientes que se adquieren por un rollo de doblones.

Sus manos eran rebonchadas, inamovibles, sus pies encogidos y vueltos hacia fuera, como los de los chinos.

Y por contara el aspecto enfermizo, la traza angustiada, la faza tristonía.

¿Quién la tomaría por la idolatrada favorita del mayor monarca del mundo?

No es cierto pregunto yo, que puede sorprender el contraste entre la Pompadour y la Dubarry, á las que al solo